

pararse a reflexionar que, retirado a una capilla lateral, puede quedar en un espacio más propicio para la devoción privada. Creo, pues, que con prudencia, pero también con decisión, habrá que intentar en lo posible esta solución.

La dificultad definitiva aparece cuando la iglesia, aunque grande, es de una sola nave, con un eje muy marcado y sin posibilidad clara, por tanto, para poder colocar el sagrario en un lugar, con la necesaria dignidad, fuera del altar mayor. Si además el contorno posterior del ábside está ocupado por un gran retablo que hay que conservar, las posibilidades de solución quedan muy limitadas, y quizá la más lógica sea la de colocar en el mismo retablo a una altura conveniente para que no lo oculte el celebrante en ningún momento, aunque para ello hubiera de disponer de una escalera de acceso al sagrario.

Siempre queda, naturalmente, la solución de colocar el sagrario encima del altar, aunque pensamos que para una sensibilidad religiosa desarrollada es ésta la solución menos aceptable.

**PROBLEMAS ARTÍSTICOS.**—No son pocos los que pueden plantear, y que requieran no sólo sensibilidad, sino también una gran prudencia para abordarlos. La prudencia es en cada caso la que debe decir si se debe o no prescindir de un retablo o de una pieza aislada, si se deben respetar o aun completar unos elementos

arquitectónicos, etc. Por un lado, toda actitud de respeto hacia el legado recibido del pasado es poco, pero sin olvidar que la iglesia no es un museo, sino un recinto para orar, para relacionarse con Dios a través de la oración privada y de la liturgia. Y que muchas obras notables desde el punto de vista artístico, por no favorecer esa finalidad del templo, quizá tendrían su lugar más apropiado en un museo; eso sin olvidar la cantidad de obras de escaso o nulo valor, cuando no de dudoso gusto, que llenan muchas de nuestras iglesias.

Cuando nos encontramos en este último caso el camino a seguir es fácil. Limpiar y crear algo nuevo sin más limitación que la arquitectura que va a albergar la nueva obra que marca ya un ritmo espacial que hay que respetar, cosa que tantas veces olvidaron nuestros creadores de retablos, que parecen a veces hechos para otro espacio distinto de tan mal como se acomodan a aquel en el que se encuentran enclavados.

Pero lo más normal es que tengamos que conservar, por ejemplo, un retablo, teniendo que rehacer el resto del presbiterio. Nos encontramos con el problema de tener que armonizar piezas nuevas con lo recibido del pasado, problema interesante que exige el abordarlo con decisión. Salvo algunas excepciones (reconstruir o completar algún elemento de arquitectura u ornamentación porque así lo exija su propio valor

o la armonía del conjunto), la única solución limpia a este problema está en utilizar con honradez el lenguaje artístico de nuestro tiempo. Con la mirada muy atenta, naturalmente, al entorno que nos es dado y en el cual vamos a colocar la nueva obra, buscando su empaste y su integración en el conjunto por la proporción, la modulación, el material y su textura, etcétera, pero nunca con la imitación falsa de un estilo.

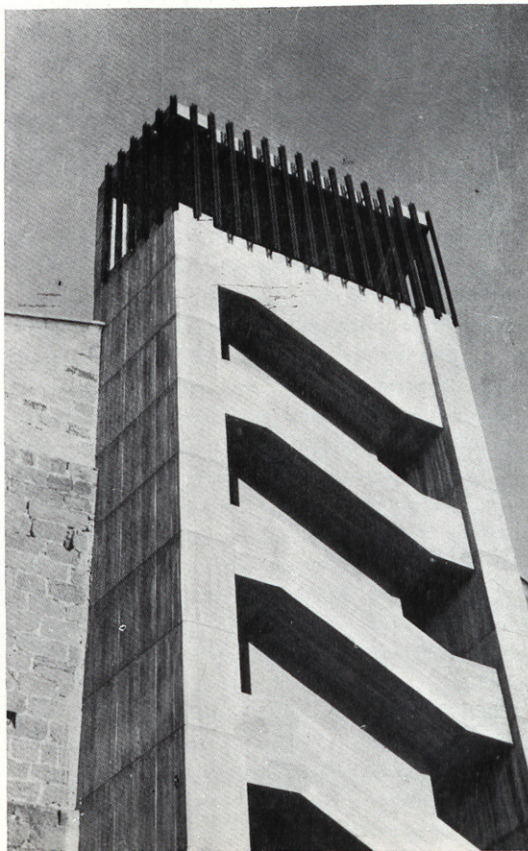
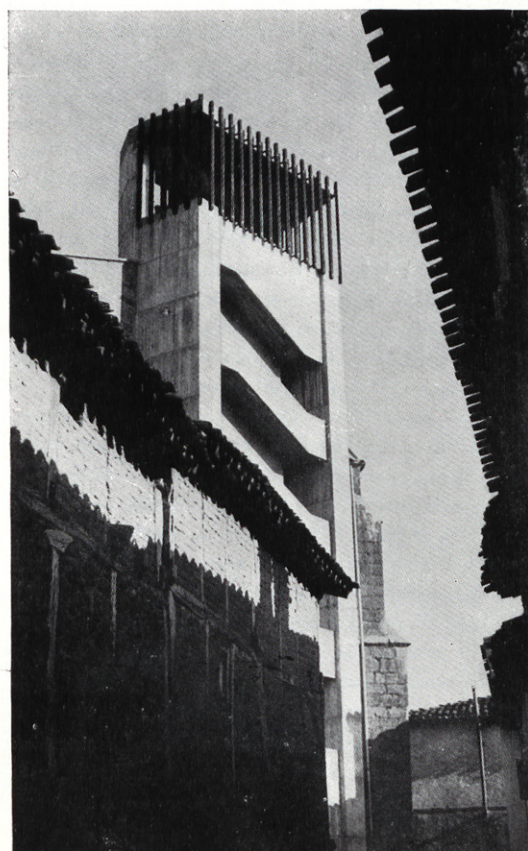
En realidad, el problema aquí, aunque a muy distinta escala, es paralelo al de la integración de una nueva obra de arquitectura en el paisaje natural o en uno urbano con personalidad definida. Este modo de enfocar el problema entraña riesgos ciertamente, pero es el único artísticamente vivo, y la vida supone siempre un riesgo.

A continuación presentamos algún pequeño ejemplo de lo dicho en estas notas sobre reformas de presbiterios.

**NOTA.**—Después de escrito este artículo ha sido publicada una Instrucción sobre el "Misterio Eucarístico", en la que ya con toda claridad se pide que, en cuanto sea posible, se retire el sagrario de la nave central a una capilla lateral (núm. 53) y se insiste en la no conveniencia de colocar el sagrario sobre el mismo altar de la celebración, para que Xto. sacramentado no esté presente con anterioridad a la consagración dentro de la misa.

## NUEVA TORRE DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE CAMPROVIN (LOGROÑO)

Arquitecto: GERARDO CUADRA. Presbítero.



Hace aproximadamente un siglo se había derrumbado la vieja torre situada a los pies de esta iglesia. Como ella hacía de contrafuerte, al desaparecer, los empujes de las bóvedas habían desplomado el muro posterior, deformándose las bóvedas que en él se apoyaban, hasta tal punto que amenazaban ruina.

Ante la necesidad urgente de la restauración de las bóvedas y de la cubierta, y siendo necesario colocar algún contrafuerte que contrarrestara el empuje de las bóvedas restauradas, se pensó en construir una torre donde colocar el campanario. La función de contrafuerte decidió la estructura de la torre, que quedó organizada por dos machones de hormigón en masa perpendiculares al muro de la iglesia entre los cuales se desarrolla, enlazándolos, una escalera exterior. Como material único se ha escogido el hormigón, dejándolo con la huella del encofrado visto, y confiando el efecto plástico al juego sobrio de vacíos dejados por el propio trazado de la escalera, que se dibujan con fuerza sobre el volumen total, y al volumen terminal del campanario caracterizado por la verticalidad del enrejado que lo limita y que está formado por perfiles metálicos normales debidamente acoplados.

Desde el punto de vista estético se ha buscado la experiencia de integrar unas formas y unos materiales actuales en la fuerte y sobria fábrica de la iglesia, no menos que en el conjunto de las construcciones rurales que la rodean.